Esta vez, Clemente se levantó, y, un poco pálido:

—Querida condesa, desearía que se me dejara tranquilo con el Sr. Nuño, la Srta. Nuño y toda la familia Nuño. No conozco á esas gentes ni quiero de ningún modo conocerlas. La casualidad me hizo encontrarme en presencia de la joven de que hablamos, y me pareció animada de sentimientos loables, pero no me ocupo de ella, y le agradecería mucho que no se ocupara de mí... De aquí á vender mi casa para dar á no sé quién las pruebas de no sé qué, hay un mundo, y como me encuentro aquí bien, ya comprenderá usted que aquí me quedo.

—¿Y si se dijera que usted es la causa de que esa terca rechace el novio presentado por su padre?

—¡Me río de eso! Por lo demás, ¿con qué pretexto se diría?

—¡Eh, querido! Se dice ya que está loca por usted... Y su padre cree que piensa en hacerse católica para casarse con usted.

—¡Al diablo!—exclamó Clemente.—¿Casarse conmigo? ¿Me pedirá permiso, ó se casará conmigo á la fuerza? ¿Qué he hecho yo á la posteridad de Abraham, de Isaac y de Jacob?... ¡Pero si no me gusta esa joven! ¡La encuentro fea, con su perfil de oveja!

—¡No diga usted tonterías! ¡Es encantadora!

—¡En todo caso es repugnantemente rica!

—¡Quéjese usted de eso!

—¡Ah, querida! Usted misma parece creer en la realidad de esas historias estúpidas.

—Mi querido Clemente, estoy segura de que usted no piensa en Ester,—dijo Manuela con repentina gravedad.—Pero estoy igualmente segura de que Ester piensa en usted. Se lo dije á usted ya bromeando una noche, en casa de los Prefond; hoy se lo repito muy seriamente. Usted es, á pesar suyo, el auxiliar de la Srta. Nuño en la resistencia que opone á la voluntad de su padre; y como sé que esta situación no puede agradarle, se lo prevengo, ofreciéndole el medio de cortar esta intriga, en lo que á usted concierne. Yo le compro la Encomienda en el precio que usted quiera.

—Y quien paga es el Sr. Nuño.

—Es la Sra. del Peral la que entrega el dinero y adquiere la propiedad. El marqués de Pont-Croix compra en Sologne, con la suma que tome, una finca diez veces mayor, y vive en ella á lo gran señor, con la satisfacción de haber contribuído á pacificar una familia y de haber prestado un servicio á una amiga. ¿No es esto un hermoso programa?

—¡Muy hermoso! Pero yo puedo obtener ese resultado sin tantos cambios. Mi presencia aquí molesta á mi vecino; pues me iré á Escocia, adonde me llaman unos parientes.

—Pero volverá usted...

—¡Ah! ¿Exige usted que desaparezca?

—Si Ester sabe que en un momento dado puede volver á ver á usted, se obstinará. En fin: Brucken, en su desesperación, puede querer hacer á usted responsable.

—¡Ea, querida, me decide usted por completo!—dijo Clemente con alegría.—¡Cómo! ¿Apareceré huyendo ante Brucken? Usted misma no podría creer nada de eso. ¡Vamos! ¡Este sainete ha durado bas-

tante! ¡Seamos otra vez serios! ¡Que se arreglen entre sí todos los Nuños! La condesa del Peral es bastante linda para no tener nada que temer de esas cuestiones de familia. En cuanto á Brucken, conozco su prudencia: no insistirá más si no tiene un gran interés. Ahora, como no soy un hablador, le aseguro á usted que partiré á fin de mes por tiempo indefinido. Mire usted: lord Mellivan Grey me ofrece llevarme en su yat á Ceylán... Acaso daremos la vuelta al mundo... Una vez embarcado, ya no se sabe... Hay tempestades y tifones; los tigres, si se baja á tierra; los piratas en las costas de China; la fiebre amarilla... ¡Qué sé yo!... ¡Ya ve usted que doy esperanza!... Y, al cabo de un año, si vuelvo, lo encontraré aquí todo en el orden deseado: á la imprudente Ester, casada, y á Manuela pasada al rango de madrastra, lo que será ridículo. ¡Una copa de vino de Constanza, condesa, para beber á todas estas felicidades.

Encontrábanse enfrente el uno del otro, él en pie, junto á la mesa, ella sentada, un poco inclinada en la silla, mirándole, no sin cierta satisfacción admirativa. El no hacía lo que ella quería, pero ella lo estimaba más. Estaba muy cansada de las obediencias serviles. No le disgustaba encontrar un carácter que opusiera alguna resistencia. Sentíase picada en el juego.

Se llevó á los labios la copa, en la que chispeaba el vino color de topacio, y la vació lentamente. Luego se levantó, y acercándose á Clemente, junto á la ventana, le puso familiarmente la mano en el hombro, y apoyada en él, siguió mirando el panorama de las colinas que se extendía por la otra orilla del Marne, hasta los límites del horizonte, perdiéndose en una niebla de un gris de plata.

Alrededor de ellos reinaba un silencio profundo, y el tic-tac del gran reloj parecía como el eco de los latidos de sus corazones. El paño de la amazona se unía al paño de la cazadora. Entre Manuela y Clemente estableciase una singular comunicación de fluido. Pareció al uno que la mano de la otra ardía sobre su hombro.

La linda portuguesa tenía en las sienes una llama que no habían podido encender ni la comida ni la conversación. Su cuello, blanco y redondo como el de una tórtola enamorada, se hinchó con un suspiro, y sin que Pont-Croix lo hubiera querido, sin que supiera como había ocurrido, Manuela se encontró entre sus brazos con los labios abiertos sobre sus labios. No tenía más que cogerla: ella se abandonaba.

En aquel crítico momento, cruzó el espíritu de Pont-Croix un relámpago, y se dijo: «Representa el último acto de la comedia. Quiere obligarme á la venta. Sabe que cuando me lo haya concedido todo, yo no podré rehusarle nada. Y la Encomienda es suya.»

Recobró su sangre fría, y sin soltar á la joven cuyo talle rodeaba con el brazo, en vez de abrir la puerta del salón, abrió la ventana del comedor. Aquí Manuela lanzó un suspiro, movió los párpados, y lánguida, apartándose del hombro que la sostenía, se apoyó de codos en el antepecho, y con voz turbada:

—¿Qué ha pasado? Me parece que he perdido durante un segundo la noción de lo que me rodeaba...

—Menos que nada, condesa,—dijo Clemente con tranquilidad.—Un ligero aturdimiento, que el aire ha disipado en seguida.

Arqueóse hacia atrás, haciendo que su redondo seno se modelase insolentemente en el cuerpo de paño negro, y, con los ojos entornados, lanzó al joven una mirada cuyo efecto habitual conocía. Pero el efecto no se produjo. Y viendo inútiles todos sus sortilegios, la diabólica mujer dijo:

—Vamos, es preciso que me vaya: me he detenido demasiado aquí.

—¿Lo lamenta usted mucho?

—Yo no lamento nunca nada,—contestó con una sonrisa burlona,—á no ser haberme prometido un placer y no poder tenerlo.

Era tan directa la alusión, el reproche tan claro y la situación tan nueva para Clemente, que quedó cortado. La Sra. del Peral, pasando por delante de él, entró en el salón, tomó su sombrero, y en el momento de ponérselo, echando una graciosa mirada del lado de Pont-Croix, pareció decir: «Aún es tiempo de pensarlo mejor.» Pero el joven no se había mostrado prudente, cuando tan difícil era serlo, para no perseverar. El mismo presentó á Manuela, su *stick*, y, precediéndola en el vestíbulo, dió la orden de que llevasen el caballo que estaba en la cuadra.

Bajaron lentamente y sin hablarse al florido parterre. ¿Qué habrían de haberse dicho? Habían agotado los temas ardientes, y no eran gentes para divertirse con frases vacías. Trajo Celestino la montura, y Clemente puso á la joven en la silla. La acompañó hasta la verja, y tendiéndole la mano, dijo:

—Gracias, mi hermosa señora, por su graciosa visita. Ha traído usted á mi casa alegría y luz para mucho tiempo.

—Gracias por su amable acogida, querido amigo. Me habían afirmado que vivía usted aquí como un verdadero cartujo. Ahora estoy segura de ello.

Sonrió por última vez, y tocando los ijares de su caballo, salió al trote largo. Clemente quedó un instante en el camino, siguiéndola con los ojos, y, moviendo la cabeza, dijo:

—Me ha tratado como á un colegial: rencor de mujer que se va sin saber lo que dice.

Volvió á entrar en su casa, se puso las botas, silbó á su perra, y para cambiar el curso de sus ideas, se fué al bosque.

Manuela excitaba vivamente á su caballo. No iba de buen humor, y ya lo notaba la boca del animal. Pensaba: «Decididamente no se engaña con tanta facilidad á Clemente, y no hace más que lo que quiere. Ha visto muy bien mi juego, y ahora vivirá desconfiado. En suma: si se va, esto es todo lo que se desea. Siempre será más fácil atribuir á su alejamiento los motivos más ventajosos para nosotros. Pero si es muy listo, es muy leal. Habiendo declarado que se irá, se irá. Después de todo, acaso sea una tontería no haberlo casado con Ester... Sin duda no habría sido un yerno más recalcitrante que Brucken... ¡Y qué diferencia con este zopenco, que no piensa más que en amarme, en vez

de hacer la corte á Ester!... Sí, pero Clemente jamás habría querido casarse con una judía. Era sincero al afirmarlo. Y en cuanto á una conversión, Selim se habría opuesto por todos los medios. Así, pues, el indicado era Brucken... sólo él... Por supuesto que había que moderarlo, hacerlo prudente... hasta romper... Colocarlo entre su amor y su interés... ¡Sería capaz de preferir su amor!... Pondré orden en ello.»

Manuela, ya en el bosque, seguía la verde franja que, al borde del riachuelo, iba á parar á un *chalet* que había servido de punto de reunión de caza. Elevado sobre un zócalo de ladrillos, se subía á él por una escalera rústica de madera. Rodeábalo una galería, y el techo de cabaña del pabellón salía, formando abrigo al balcón circular. Para resguardarlas de la lluvia, un guarda había apilado cargas de leña de su provisión bajo la escalera y la galería.

Aquella casita estaba abandonada, las ventanas estaban cerradas. Una puerta daba á la avenida que conducía á la Chevrolière, otra á un puente de madera tendido sobre el riachuelo. Era aquél, en el centro de enormes hayas y de gigantescos abetos, un lugar completamente solitario, poco frecuentado por los guardas, porque bajo la arboleda, muy clara, la caza no estaba á gusto; poco frecuentado por los leñadores de madera muerta, porque los troncos centenarios de aquellos árboles no ofrecían punto de fácil depredación.

Desde que una imprevista llegada de Nuño, una noche, á las habitaciones de la portuguesa, estando

allí Brucken, había hecho juzgar demasiado peligrosas las entrevistas en la Chevrolière, allí, en aquel *chalet* abandonado, era donde se encontraban Manuela y Huberto.

La joven, buena andarina, venía á pie, cruzando el parque, segura de no ser encontrada. Huberto, con la escopeta al hombro, venía por otro camino.

En la habitación, todavía amueblada, que servía de sitio de descanso y de meditación, estaban en seguridad. Ninguna humedad en aquel salón, artesonado al estilo Luis XVI, y sobre cuya chimenea había un espejo de cuerpo entero. Flotaba en el aire olor de tiempo viejo, como el polvo de las cosas muertas. Reinaba una sombra propicia, y Manuela se detenía allí con facilidad.

Aquel día llegaba por el puente de madera. Lo franqueó, haciendo sonar las tablas bajo los cascos de su caballo; luego, al pie del pabellón, saltó ligeramente sobre la arena, y llevó al animal por la brida á una especie de granero dispuesto bajo el macizo de piedra. Cuando subía la escalera, se abrió la puerta, y Huberto, cogiendo á Manuela entre sus brazos, la arrastró á la oscuridad del salón.

Apenas habían desaparecido, asomó una cabeza detrás de un enorme tronco de haya, á cien pasos del *chalet*, y un hombre avanzó con precaución bajo la arboleda. Era Strehley, el guarda mayor despedido por la influencia de Huberto. Llevaba una escopeta en bandolera; pero la caza que él acechaba no exigía ningún arma. Dió un gran ro-

deo para no pasar demasiado cerca del pabellón; luego, dirigiéndose hacia el riachuelo, cuyo puente no atravesó, bajó hacia una presa, por encima de la cual el agua saltaba límpida. Al andar, inclinaba la cabeza, absorto, y su roja cara de borracho inglés se crispaba como bajo el esfuerzo de un pensamiento. Se detuvo un instante, miró del lado del pabellón, y, golpeando con el pie, se echó á reir silenciosamente. Después continuó su camino.

Llegaba por debajo de la presa, cuando atrajo su atención un sitio pisado en la margen. Acercóse instintivamente, y disimulada bajo las hierbas vió una cuerda. Tiró de ella, y sacó un gran haz de leña, sumergido á dos metros de profundidad. En el interior del haz se produjo una especie de hormigueo, y por todas partes comenzaron á escaparse cangrejos, que echaron á correr por el musgo con sus torpes patas. El guarda dejó caer el haz al río, y, echando una rápida mirada en derredor sobre la otra orilla, en un matorral vió brillar un ojo que le miraba. Preparando rápidamente la escopeta y apuntando en la dirección del matorral, hizo oir un largo silbido.

Inmediatamente se agitaron las hojas, se abrieron las ramas, y asomó la cara innoble y amenazadora de Rabasson.

—¡No tire usted, caramba!—dijo.—¿Es que no tiene uno derecho á descansar en el bosque?

—Ya sabia que te obligaría á levantarte en seguida. ¿Es tuyo ese haz?...

—¿Mío?... ¿Por qué?

—Porque estás al lado.

—¿Me ha visto usted tocarlo?

—Te has escondido al verme venir.

—¿Qué lo prueba?

—Te denuncio.

—¡Vaya! También tiene usted humor de ser tan celoso después que lo han echado á la calle...

—Tú y tus canallas de camaradas habéis sido la causa de que yo haya tenido disgustos.

—Oye, cochino inglés, ¿acaso te he dicho alguna injuria?... Porque encuentras en una carga de leña un gato muerto...

—¿Cómo sabes que es un gato, si no lo has puesto tú mismo?

—¡Pues no se necesita ser muy listo! ¡Viéndole la cola! Los cangrejos cogidos de este modo puedes echártelos tú al gañote... ¡Eso es bueno para un comedor de hombres como tú!... ¡No! El haz no es mío, y si estoy aquí es por gusto: me paseo... Y además, no estoy en tu casa en esta orilla... Nada tienes que decirme... Pasa el agua solamente y te aplasto... ¡Mejor estarías en el haz que el gato!

Excitado por sus propias palabras, Rabasson, lívido, se puso á coger piedras y, tirándolas al agua, salpicó al guarda, que, perdiendo su sangre fría, comenzó á jurar furiosamente en inglés, diciendo:

—¡Bueno! En mi denuncia pondré que me has insultado y amenazado de muerte.

—¡Ponlo!—gritó Rabasson.—¡Pero no pases al alcance de mi mano, ó te hago trizas! ¡Los ladrones como tú son los que han arruinado el país!

Viendo á Strehley alejarse llevándose el haz, Rabasson redobló sus injurias. Dos leñadores, atraídos por sus clamores, asomaron en la linde del bosque precisamente á punto de hacerse tomar por el guarda como testigos de los ultrajes y de las amenazas del cazar furtivo. Este, siempre sobre el ribazo, perseguía á su enemigo con sus gritos.

Al fin dejó de verlo. Los leñadores, volvieron á su trabajo. Se quedó solo. Entonces desapareció de un golpe toda su cólera. Se quedó muy tranquilo, y una risa silenciosa plegó sus labios. Avanzó sobre las piedras que obstruían la corriente, cruzó el río, y entrando en un tallar que Strehley había costeado al irse, murmuró.

—¡El idiota! Si hubiera mirado siquiera alrededor suyo, me habría cogido algo mejor que mis cangrejos...

En una extensión de doscientos metros, á la salida del bosque, hacia la llanura, Rabasson había puesto la víspera una batería de treinta lazos. Cuando le sorprendió el guarda andaba visitándolos. El golpe de los cangrejos no era más que un entremés. El plato fuerte estaba en los cepos.

He aquí por qué, sin motivo, había aturdido á Strehley con sus gritos. En un instante retiró de los lazos dos liebres y seis conejos, que desaparecieron en las profundidades de su ancha blusa. Volvió á colocar sus aparatos, arregló los que se habían trastornado, y, pasando otra vez á la orilla opuesta, se dirigió por dentro del bosque hacia Précigny.

X

Después de la comida, dejando á sus huéspedes en la sala de billar ocupados en jugar una partida, Selim se fué á su despacho para examinar un voluminoso correo que un hombre de confianza traía de París, todas las noches, en un saco de tafilete, y se volvía á llevar, leído y anotado, por el tren de las once. Fumaba á grandes chupadas cigarrillos de tabaco de Oriente, mientras leía sus cartas de negocios, y con mano rápida, con una precisión que atestiguaba admirable claridad de espíritu, ponía al margen, con lápiz, una frase que debía servir de sustancia á la respuesta de sus oficinas.

Hacía una hora que abría sobres, recorría notas, cuando entró un criado llevando en una bandeja un pedazo de papel, en el que se leía en letras muy gordas: «Al señor conde Nuño en su castillo».

Selim miró de reojo al ayuda de cámara. No le gustaba que lo distrajeran durante su trabajo, no más que durante sus placeres. No tenía más que hasta las diez y media para terminar su tarea, lo que no era mucho. Y dijo con voz ruda:

—¿Qué hay?